

El Domingo, día del Señor y señor de los días

José Luis Guerra de Armas
Profesor del ISTIC (Gran Canaria)
y delegado diocesano de liturgia

Nunca se ha hablado tanto del domingo como en estos últimos años. Los documentos oficiales de la Iglesia y la bibliografía en general sobre este tema es abundante¹, aunque resulte con frecuencia reiterativa. Es todo un síntoma: por una parte, de la importancia de este tema para el presente y futuro de la Iglesia y, por otra parte, de la debilidad de la praxis actual que descende de forma alarmante, sobre todo entre los jóvenes. El tema ciertamente no es nuevo y ya el autor de la carta a los Hebreos² pone en alerta a los cristianos de la primera generación sobre las deserciones a la hora de la asamblea, pero hoy, quizá como nunca, nos jugamos el futuro de nuestras comunidades y parroquias que no tienen otra forma de resistir en la dispersión que reuniéndose de forma habitual para reconocerse como cristianos, celebrar y alimentar su fe.

Nos acercamos a este tema con un plus de motivación: nuestra diócesis en su proyecto pastoral nos propone este año que nos detengamos a reflexionar, constatar las consecuencias y asumir los retos que supone celebrar en la parroquia la Eucaristía, especialmente el Domingo. Difícilmente podremos

1 Entre la bibliografía más conocida destacamos la más asequible en castellano: Juan Pablo II, *Dies Domini* (El día del Señor. Carta Apostólica) 1998. CEE, *Sentido evangelizador del domingo y de las fiestas* (Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española) 1992. AA.VV. *El domingo, fiesta primordial de los cristianos* (Jornadas Nacionales de Liturgia) 1992. Augé M., *El domingo. Fiesta primordial de los cristianos*, Paulinas 1996. Basurko X., *Para vivir el Domingo*, EVD. 1993. Brandolini L., *Domingo* en NDL (Sartore D- Triacca A.M. ed.), Paulinas 1987, 594-613. López Martín J., *El domingo día del Señor*, Cuadernos BAC. 1985.

2 Cf Heb. 10, 24-26.

afrontar lo que ello supone si no partimos, previamente, de lo que nos estamos jugando y por qué.

El domingo, un valor fundamental

El domingo es un tiempo que tiene sus propias señas de identidad. Unos lo viven gozosos y lo celebran; pero no siempre y para todos el domingo resulta la cara brillante de la luna; hay quienes lo temen o lo sufren³; pero para todos –creyentes o no– la realidad socio-cultural del domingo es un reto que hay que afrontar. Podemos hacer de él una rutina semanal, un espacio para reparar la movida que cada vez empieza antes en la semana o podemos convertirlo en un tiempo creador, en una auténtica fiesta que regenera cada siete días nuestra existencia. En cualquier caso, el domingo es un problema a resolver... un tiempo en el aire en espera de sentido.

Nosotros, cristianos afirmamos: el domingo es un valor fundamental. Tan fundamental que “no podemos vivir sin el domingo”⁴. De este convencimiento partimos y proponemos en estrecha relación con el Proyecto Diocesano de Pastoral, reafirmarnos en ello. Pero en una época como la nuestra, recorrida por la sospecha y la búsqueda de comprensión, no bastan las simples afirmaciones. “Hace falta dar razón de nuestra esperanza” (1 Ped 3,15). Por otra parte en una sociedad que vive en el vértigo de los cambios rápidos y profundos y donde la duda (el agnosticismo se apresuran muchos a declarar), es el estado permanente de opinión, sentimos la necesidad de agarrarnos a los valores que juzgamos realmente fundamentales, escarbando más allá de la pátina que el tiempo ha ido acumulando sobre el pasado y que lo invade todo.

Desde estas premisas nos adentramos en este tema porque, tanto para el cristiano individual, como para la comunidad, lo consideramos un signo operativo y germinal de su identidad básica.

Pero... ¿No estaremos exagerando cuando decimos que el domingo es un valor fundamental del cristiano? ¿No estaremos cayendo en esa manía, ya en gran parte superada, de querer reducir todo a un panliturgismo invasor y reduc-

3 De Willebois A., *¿El domingo es fiesta?:* *Comunio* 3 (1982) 107-202.

4 Ruiz Bueno D., (Traductor) *Actas de los mártires*. BAC 75. Madrid 1974, 981, 884 y 992.

tor que pretende concentrar el quehacer de la iglesia en lo que ésta hace intramuros, en reducirla a la dimensión cultural?

¿No tendrá razón aquel muchacho que, según cuenta K. Rahner, se encontró con él en Roma y al preguntarle si era católico le respondió que sí y al insistirle el teólogo que si iba a misa los domingos le respondió: No. Yo no soy tan fanático?⁵ ¿Tendrán razón los que se autodefinen como católicos, pero no practicantes, porque, según afirman, prefieren estar conversando con alguien o haciendo una obra buena antes de estar perdiendo el tiempo en la misa?

En un artículo relativamente reciente sobre la China insular se podía leer:

*“China ha vivido siglos sin domingo, sin reposo dominical, sin la celebración de una Alianza eterna, enraizada en el amor entre el creador y su creación. Durante todo ese tiempo la vida no ha sido en ella un infierno. En este imperio chino los hombres y mujeres no bautizados han creído y creen todavía en el infinito valor de una sonrisa fraternal, de una palabra llena de esperanza, de un acto de ayuda mutua, de una vida ofrecida al otro...”*⁶.

También para el cristiano, que va a misa el domingo, la relación con los demás por la práctica de la justicia y de la misericordia es el “culto primordial”, el lugar preferente del encuentro con Dios. Por otra parte, es evidente que Jesús no afirmó: “En esto conocerán que son discípulos míos, si van a misa los domingos...”. El Señor habló más bien sobre amor mutuo, perdón, compasión, servicio fraterno, de lavarnos los pies unos a otros. Y, por si quedaba alguna duda, en la escena final del juicio último, descrita en Mat. 25, lo determinante será el amor eficaz, el amor operativo, demostrado o negado al hambriento, al emigrante o al preso.

Todo esto es verdad y sigue siendo verdad. Para el cristiano lo ha sido siempre con mayor o menor conciencia de ello. Y, sin embargo, ya en la última Cena, junto al mandato del lavatorio de pies, está el mandato de renovar la Eucaristía, “cuando se reúnan, hagan esto en memoria mía”, y la necesidad de recordar y guardar, con la ayuda del Espíritu, cuanto Él nos ha enseñado y mandado (Jn 14,26). Y Lucas, cuando nos propone las “constantes vitales” que deben conformar una verdadera comunidad cristiana viva, nos dice, en forma de sumario, que estas constantes, en permanente tensión mutua y en equilibrio

5 Citado por Basurko X., en *Para vivir el Domingo*, evd (1993), 149.

6 O. Lardinois, *Un dimanche en Chine insulaire* en “Lumen Vitae” 2 (1992) 219

continuo y complementario, han de ser siempre: La enseñanza de los apóstoles, la unión fraterna y la fracción del pan y las oraciones”(Hech 2,42).

El domingo se integra en la tercera de estas constantes. El que se viva de forma unilateral, aislada de los otros componentes o como el “dinamizador”, como “fuente y culmen”, reproductor de la dinámica fundamental de la comunidad cristiana –la Palabra, la koinonía y como fuerza que impulsa al testimonio y al servicio fraternal– es nuestro desafío a nivel personal, pero también a nivel pastoral.

Cuando se lee los Hechos de los Apóstoles uno tiene la impresión de que los cristianos se reunían permanentemente para la oración, la escucha de la Palabra, la fracción del pan y la ayuda mutua. “No dejen de acudir a sus asambleas –advertía el autor de la carta a los Hebreos– como lo hacen algunos habitualmente”⁷. Y, en el siglo III, nos encontramos en la Didascalía de los Apóstoles, con esta recomendación hecha al obispo: “Cuando enseñes, exhorta y persuade al pueblo de que sea fiel a la asamblea, que no falte nunca. Que se reúnan y que nadie disminuya a la Iglesia no acudiendo a la asamblea, ni prive al cuerpo de Cristo de uno de sus miembros...”⁸.

Esa insistencia se explica, sin duda, por la situación de los cristianos en el mundo: son un grupo reducido, diseminado, aislado, en una masa pagana y, con frecuencia, perseguidos. En esas circunstancias la reunión era una necesidad para resistir, mantener la comunión y permanecer en la fidelidad. Pero la razón profunda de esta insistencia va mucho más allá y vale para todas las situaciones, sean las que sean.

Esta es la idea fuerza que hemos querido expresar en el lema de este año: “El cristiano aislado, vive amenazado. Es Domingo, la Parroquia se reúne. ¡Ven!”⁹ “No podemos vivir sin el domingo” afirmaban con rotundidad aquellos cristianos de Abitene en el año 304, cuando el emperador Diocleciano les prohibió, bajo pena de muerte, poseer las Escrituras, reunirse el domingo para celebrar la Eucaristía y construir lugares para sus asambleas.

⁷ Heb 10,25.

⁸ Didascalía et Constitutiones II, LIX, 1-3 (ed. Funk) 1010 – 2.

⁹ Se refiere al lema que el Secretariado diocesano de liturgia propone para el ciclo cuaresma-pascua 2011 en consonancia con el proyecto pastoral “Creyentes en camino para ser sus testigos”.

En Abitene, pequeña localidad del actual Túnez, 49 cristianos fueron sorprendidos un domingo, en la casa de Octavio Félix, mientras celebraban la Eucaristía, desafiando así las prohibiciones imperiales. Tras ser arrestados fueron llevados a Cartago para ser interrogados por el procónsul Anulino. Fue significativa, entre otras, la respuesta que un tal Emérito dio al procónsul que le preguntaba por qué habían transgredido la severa orden del emperador. Respondió: “Sine dominico non possumus”. Es decir, sin reunirnos en asamblea el domingo para celebrar la Eucaristía no podemos vivir. Nos faltarían las fuerzas para afrontar las dificultades diarias y no sucumbir. Después de atroces torturas, estos 49 mártires de Abitina fueron asesinados.

“Sobre esta experiencia martirial debemos reflexionar también nosotros, cristianos del siglo XXI¹⁰”. “No podemos vivir sin reunirnos” y es que la Iglesia, cuando se reúne, es visiblemente iglesia de Cristo, es Iglesia en acto de Iglesia y “mutando mutandis” podríamos decir es “parroquia en acto de parroquia”. Es cuando se reúne por una convocación de Dios para escuchar su Palabra y celebrar el sacrificio de la Nueva Alianza cuando realiza su definición de Ecclesia.

Desde aquí se entienden perfectamente las palabras de Vaticano II:

“Por una tradición apostólica, que arranca del mismo día de la resurrección, la Iglesia celebra cada 8 días la Pascua, y en ese día se reúne...”¹¹”

“El reunirse”, por tanto, no es una actividad más de la Iglesia, que puede realizar o no. Es constitutivo de la Iglesia. No es, ante todo, un medio necesario a la Iglesia para salvaguardar su identidad, ni es, ante todo, un medio que ella ofrece a sus miembros para que permanezcan fieles. Ella es Iglesia que se recibe de su Señor y que se manifiesta como Iglesia de Cristo. El reunirse es constitutivo de su propia identidad, sacramento de salvación de los hombres en Jesucristo. Es Iglesia que anuncia esta salvación realizándola, es decir reuniendo a los hombres, haciéndoles vivir, al menos cada cierto tiempo, el signo y el sacramento de lo que es¹².

10 Benedicto XVI, *homilía pronunciada en Bari con ocasión del Congreso Eucarístico Nacional Italiano* (noviembre 2005).

11 SC 106.

12 “La reunión es necesaria para la Iglesia como tal y para cada cristiano en particular. En un lugar determinado la Iglesia afirma su presencia como sacramento de salvación en medio del mundo a través sobre todo de la asamblea. Los cristianos serán un signo levantado por Dios entre los hom-

“Es en la Eucaristía dominical –afirmará Juan Pablo II– donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos”¹³.

Se sabe que la obligación dominical, antes de expresarse como obligación de ir a la misa, era entendida como necesidad de participar en la asamblea y que, el domingo, comprendía la Eucaristía. Es interesante caer en la cuenta que la expresión “ir a la iglesia” no quería decir, en un principio, ir al templo, sino acudir a la reunión de los cristianos.

Evidentemente, cuando hoy hablamos de reunión, debemos tener en cuenta la situación actual de la Iglesia en el mundo. A lo largo de siglos, los cristianos han tenido conciencia de pertenecer a una “iglesia reunida”. Vivían en el seno de comunidades cristianas que, al menos en el mundo rural, estaban estructuradas, eran estables y vivían una fuerte cohesión. Las fronteras de estas comunidades eran territoriales y esto acentuaba su homogeneidad. Los cristianos, miembros de estas comunidades, se preguntaban cómo hacerse presente entre los hombres que no conocían a Jesucristo para anunciarles el Evangelio. En sus tareas misioneras, ellos podían apoyarse en sus iglesias locales sólidas y unificadas. Eran parte de una Iglesia reunida y se dispersaban por el mundo para dar testimonio de esa reunión en nombre de Jesucristo.

Hoy la situación es diferente. Los cristianos que son cada vez más minoritarios en medio de un mundo de increyentes, secularizado, viven dispersos y sienten que sobre ellos también cae el peso pesado de las divisiones ideológicas. Las corrientes que atraviesan la sociedad atraviesan también a la Iglesia y amenazan su unidad. Los cristianos, dispersos se preguntan dónde, cómo y cuándo reunirse para escuchar la Palabra de Dios y celebrar a Cristo resucitado. En relación a los siglos precedentes, el movimiento que se genera o hay que generar es inverso: nosotros ya no vamos, como en siglos anteriores donde la cristianidad era el ámbito normal del cristiano, de la asamblea a la dispersión, sino de la dispersión a la asamblea.

bres, si de forma concreta, determinada, visible, cercana, son percibidos como grupo...” Cf Blázquez Pérez, R., *Día del Señor, Cena del Señor, Iglesia del Señor* (Jornadas Nacionales de liturgia 1992) 87.

¹³ Juan Pablo II, o.c. 33 (1998).

Esta inversión hace hoy más imperioso que nunca el deber de la Iglesia de reunirse y, al mismo tiempo, el deber de revisar el contenido de nuestras asambleas. Nos obliga a nuevos esfuerzo para que nuestras celebraciones sean de calidad¹⁴.

El Domingo embrión del Año Litúrgico

Hasta hace apenas un siglo pervivía aún el concepto de una liturgia intemporal, llena de misterios, intocable como el mismo Dios. Hoy, con la ayuda de los estudios históricos, resulta evidente que el actual Año Litúrgico con su diversidad de ciclos, ritmos y fiestas, es el resultado de una evolución compleja donde ha cristalizado de forma eminente la labor creativa de muchas generaciones y donde ha quedado impresa, de forma singular, la relación entre culto y cultura.

Este Año Litúrgico tiene como embrión o núcleo fundamental: el Misterio Pascual. Primero dentro del ritmo semanal y luego, en derivación, dentro del ritmo anual. Si pretendiéramos, siguiendo el efecto cebolla, ir quitando, siglo a siglo, las diversas capas que forman el envoltorio de este Año litúrgico, es decir, las fiestas –Cristo Rey, El Corazón de Jesús, El Corpus, La Santísima Trinidad, La Navidad, La Pascua anual, la Cuaresma y otras fiestas, que han ido enriqueciendo el calendario–, llegaríamos necesariamente a un núcleo, a un quicio elemental, a una fiesta primera: el domingo, que se convierte así en la fiesta primordial de los cristianos, como nos recuerda el Vaticano II. En el día del Señor y señor de los días, como proclama una antigua homilía. Por ello es el astro rey del universo litúrgico y del que ya encontramos testimonios en el Nuevo Testamento.

De estas premisas se desprende una conclusión evidente: generaciones enteras de cristianos vivieron y testimoniaron su fe hasta el martirio sin haber celebrado la Navidad, la Semana Santa o la Cuaresma; muchas más generaciones pasaron por la Iglesia sin haber celebrado la fiesta del Corpus o la de Cristo Rey, pero, desde los orígenes del cristianismo, ninguna comunidad cristiana ha vivido, según todos los indicios, sin celebrar el domingo.

¹⁴ Plinio el joven, gobernador de Bitinia, en su carta a Trajano se hace eco de algo que distingue a los cristianos del resto de los ciudadanos: se reunían en momentos determinados. Lo que percibe de los cristianos es eso. Hoy en una sociedad donde cada vez vivimos más dispersos nuestra condición de creyentes, el hecho de reunimos vuelve a ser relevante.

De ahí que el Vaticano II afirme:

“El domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles... no se le anteponen otras solemnidades... puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el Año litúrgico”¹⁵.

Del sábado al Domingo

“Los que se habían criado en el antiguo orden de cosas vinieron a la novedad de esperanza, no guardando ya el sábado, sino viviendo según el domingo, día en que también amaneció nuestra vida por gracia del Señor y mérito de su muerte”¹⁶.

El domingo es un sacramento plantado en el tiempo; una manera peculiar de vivir el tiempo humano; una celebración ritual y festiva en el ámbito de la semana que tiene su corazón en la Eucaristía y que acontece en el primer día. Podía haber sido el jueves, día en que Cristo celebró el memorial de su Pascua, el Viernes día de su muerte o incluso el sábado para así subrayar la diferencia con el judaísmo y darle un nuevo contenido al sabbat. Pero no, desde el principio, aparece el domingo como día peculiar y original cristiano, aunque su conformación actual sea el resultado de siglos. ¿Por qué eligieron precisamente ese día, el siguiente al sabbat?

Leer aquí el certificado de nacimiento del domingo es imposible. En ninguna parte de la literatura neotestamentaria encontramos pruebas que nos permitan establecer, de forma clara e inequívoca, de dónde, cuándo y por qué surgió la observancia cristiana del domingo. Pero esta es una eventualidad que sucede con frecuencia. Las realidades más cercanas y próximas a la existencia viva son las más difíciles de constatar y precisar en sus fuentes¹⁷.

No voy a abordar aquí todos los datos que sobre este tema nos aporta el Nuevo Testamento y los primeros testimonios no “escriturísticos” de mayor antigüedad, porque es un argumento recurrente en cualquier acercamiento a los orígenes y teología de la institución del domingo. Simplemente quiero dejar

15 SC 106.

16 Ignacio de Antioquía, *Carta a los Magnesios IX*, en *Padres Apostólicos* (D. Ruiz Bueno), BAC, 1993, 464.

17 Cf. Rordorf W., *Liturgie foi et vie des premiers chretiens*, Beauchesne (1986).

constancia de la peculiaridad cristiana de este día tal y como afirma, una vez más, la Sacrosanctum Concilium:

“...por una tradición apostólica que arranca del mismo día de la resurrección de Cristo, la Iglesia celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón “día del Señor” o “domingo”.

“Día en que la Iglesia celebra el Misterio Pascual”, que no es sólo traer a la memoria el hecho de que Jesús ha resucitado, sino que es también ser captado y ser introducido de nuevo, cada vez más profundamente, en esa dinámica pascual que es dar la vida por los demás para que Dios la devuelva en abundancia.

En medio de nuestras tristezas y alegrías, de nuestras impotencias y gratificaciones, de nuestras faltas de fe o de nuestra pequeñez, frente a las fuerza destructivas que nos amenazan, nos reunimos en el Domingo para:

- *Escuchar y celebrar la Palabra* que nos anima y nos da vida.
- *Aceptar su comensalidad en la Eucaristía*, lugar privilegiado para experimentar, su presencia, la del Resucitado.
- *Aceptar su misión*, su estilo de vida, su pro-existencia en la comunión fraterna y en la solidaridad abierta y eficaz con los desheredados de la tierra¹⁸.

Y todo ello, en el “día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de vida inmortal¹⁹” como recitamos cada domingo en la plegaria eucarística.

Tres experiencias históricas

En una visión global de los más de 20 siglos de domingo, podemos distinguir tres grandes experiencias en la forma de comprender y vivir el hecho del domingo:

18 Cf. *Prefacio Dominical X*. Cf. También Plegaria para misas por diversas necesidades (II): “Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna ante el hermano solo y necesitado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido...”.

19 Misal de Pablo VI, *Plegaria Eucarística* (II y III).

- Un primer momento que iría desde los orígenes del Nuevo Testamento hasta el siglo IV
- Un segundo que abarcaría desde la caída del imperio romano de occidente hasta el Vaticano II
- Y, un tercer momento, que iría desde el Vaticano II hasta hoy.

1. En el primer período existe una mística del domingo que fundamentalmente es una mística pascual. El domingo, como memoria, presencia y esperanza del Misterio Pascual, concentra todos los valores fundamentales y originales de la existencia cristiana. En consecuencia la asamblea dominical aparece como un momento del que no se puede prescindir a la hora de subsistir y dinamizar la comunidad cristiana. Es el hogar donde se nutre y se alienta el coraje de los mártires. Un detalle importante: el domingo en ese período de tiempo es un día laborable...

2. En el segundo y largo trayecto histórico que se abre a partir del siglo V, podemos afirmar que predomina ya no la “mística” sino la casuística del domingo. El panorama se va transformando paulatinamente y progresivamente se van difuminando los valores teológicos, pasando el domingo al ámbito de la moral y del derecho. Se produce lo que se ha llamado una “sabatización” del domingo y una doble problemática centra toda la pastoral del domingo: la obligación de oír misa entera y la obligación de no trabajar: dos leyes o mandatos, cuya infracción conllevará una pena de pecado mortal.

Ignorada casi toda la perspectiva pascual de los orígenes, el domingo se convierte en un culto naturalista que se incluye en la virtud de la religión y, en definitiva, en un precepto extrínseco e individualista. Fruto de esta situación será el que tanto la autoridad de la iglesia como el brazo civil aparecerán, en ciertos períodos, actuando conjuntamente para conseguir el recto cumplimiento de algunas de estas obligaciones.

3. A partir del Vaticano II se han intentado recuperar los valores de antaño. Se ha reconquistado aquella primera tradición, largo tiempo olvidada y se ha elaborado una rica teología bíblica y patrística sobre el domingo. El n. 106 del Vaticano II es fruto de muchos esfuerzos previos y hoy, por hoy, constituye la referencia más autorizada y, por lo mismo, referencia obligada para una reflexión original sobre el domingo. Es evidente que toda pastoral que quiera hoy

plantearse esta cuestión deberá enraizarse en esta tradición que nos remite, una vez más, a aquel dicho de que “el hombre sólo tiene futuro, si tiene memoria”.

Existe hoy en día una abundante literatura sobre el domingo y a ella les remito. Lo mismo habría que decir del magisterio ordinario: nunca como en nuestros días el domingo ha sido objeto de tanta atención en el magisterio de los obispos, papas y sínodos diocesanos. A ella también les remito, recomendándoles especialmente la lectura de la constitución 503 de nuestro Sínodo Diocesano²⁰, la carta apostólica de Juan Pablo II “Dies Domini”, los nn. 1166 y 1167 de Catecismo de la Iglesia Católica o la Instrucción Pastoral de la CEE “Sentido evangelizador del domingo y de las fiestas” de 1992.

El domingo de ayer a hoy

Sin entrar en el análisis de la casuística de los largos siglos que van desde la caída del imperio romano al Vaticano II, tenemos que saludar en nuestros días, como acabamos de afirmar, el despertar de las mejores tradiciones de la Iglesia y, en concreto, la relativa al lugar que debe ocupar el domingo en la conciencia de la identidad cristiana. A lo largo de un vasto período, el panorama teológico del domingo ha sido desolador, pero algo positivo hemos de subrayar en medio de tanto desierto: el hecho de la insistencia en el precepto dominical ha permitido que la conciencia del domingo, como hecho singular en la vida cristiana, se haya mantenido hasta hoy.

Gracias a los investigadores bíblicos, a los investigadores de las liturgias primitivas y de la época patrística, que desarrollaron un gran trabajo a lo largo de la primera mitad del siglo XX y del Movimiento litúrgico, que fraguaron de forma oficial en el Vaticano II, hoy podemos decir que las perspectivas a cerca del domingo, se han modificado por completo. La recuperación de aquella mística del domingo ha posibilitado que las generaciones actuales cuenten, como nunca, con todo tipo de publicaciones sobre el tema y que numerosos congresos litúrgico-pastorales o congresos eucarísticos tengan como tema central el “día del Señor”.

Reduciéndonos a una rápida síntesis sobre el n. 106 de la Sacrosanctum Concilium, podemos decir que ese texto resituía el domingo en el centro de la

20 Cf. *Constituciones Sinodales*, Obispado de Canarias 503 (1992) 304.

experiencia cristiana como celebración semanal de la Pascua. El acento es colocado sobre la Iglesia, sobre la comunidad, no sobre el individuo e insiste más sobre la finalidad del domingo que sobre sus determinaciones casuísticas. El domingo es el memorial de la Resurrección, el día de la reunión de los cristianos, de la escucha de la Palabra, del recuerdo del Bautismo, de la celebración de la Eucaristía. Al reconocer el origen apostólico del domingo, la iglesia reconoce implícitamente no poder transferir el memorial semanal del misterio pascual a otro día cualquiera de la semana. Es deseable que el día de descanso coincida para los cristianos con la asamblea eucarística del domingo, pero ésta es, ante todo, tributaria del día en que resucitó el Señor de entre los muertos y no del día elegido como festivo o de descanso en Israel, en los países mahometanos o en otras regiones, en las que ni siquiera se conoce el ritmo semanal.

Después de la formulación teológica del domingo, la Constitución litúrgica indica las consecuencias pastorales que se derivan de ella: el día del Señor, es la fiesta primordial que debe inculcarse a los fieles de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. El orden mismo de la frase expresa toda una pedagogía: El reposo dominical no es un punto de partida, sino una consecuencia. El punto de partida es la celebración semanal del Misterio Pascual, fuente de alegría para los creyentes y que debe impregnar toda la jornada. Tal como está redactado este número 106 constituye lo esencial de la enseñanza del Vaticano II sobre el domingo que, a su vez, resume la enseñanza de la antigua mística del domingo.

Es evidente que todo esto ha desencadenado toda una renovación de las celebraciones dominicales. Pero esta recuperación de los valores tradicionales se encuentra con un mundo moderno que ha conocido y conoce continuamente profundos cambios... Es precisamente en esta sociedad que se ha transformado y se sigue transformando en múltiples aspectos, que erosionan y sigue erosionando la práctica del domingo, donde el creyente, individual y comunitariamente, debe acertar a traducir hoy esta mística dominical.

Eucaristía, asamblea, domingo

Cierro esta visión panorámica sobre el domingo, consciente que he dejado atrás muchos aspectos fundamentales que, sin duda, forman parte de una reflexión seria sobre el domingo, pero que superan el marco de este encuentro.

Con lo expuesto sólo he pretendido despertar el interés y hacer una llamada seria y responsable a plantearnos a nivel diocesano este tema. Ciertamente no es el centro de nuestro mensaje, porque ese no puede ser otro que Jesucristo, pero habiéndonos preguntado sobre el cómo contagiar y difundir nuestra fe, la parroquia se nos propone como una mediación aún no superada en la infraestructura eclesial y dentro de la dinámica pastoral de ésta, el Domingo como día sacramental, emblemático, en el que la parroquia adquiere toda su fuerza de signo.

Este será siempre un reto, pero no caigamos en complejos adánicos: con nosotros no empieza la historia. Hemos recorrido un camino y en ese camino hay cuestiones, situaciones, retos que es necesario afrontar ya y ahora: uno de esos retos es el Domingo cristiano. ¿Qué hacer? ¿Cómo hacer del domingo un espacio de confluencia, un signo del infinito en una sociedad secular? No es un tema secundario o un tema que podemos aparcar sin más. Tal vez retomar mañana la cuestión sea tarde. Recordemos el principio 5º de la vieja ley de Murphy: “Cuando las cosas se dejan a su aire, suelen ir de mal en peor”.

El domingo ha sido y es en la iglesia una señal de esa identidad que buscamos en medio de la dispersión actual. No se trata de asumir sin más una herencia, se trata ante todo de redescubrir toda la fuerza que encierra. “No podemos vivir sin el domingo” es algo más que cumplir con un precepto.

La asamblea dominical encuentra su plena significación y toda su eficacia en la celebración de la Eucaristía. Y la Eucaristía no encuentra su sentido pleno sino en el domingo: Participamos en la comida del Señor el día del Señor. El cristiano no puede vivir sin tomar parte en la Cena del Señor, sin celebrar el día del Señor, sin vivir según el Espíritu del Señor, sin vivir según el domingo.

Por eso deberíamos asumir como un axioma: Ninguna parroquia sin Misa en el domingo, aunque ésta sólo sea testimonial, debería ser para el resto de cristianos una referencia insoslayable²¹.

21 El problema que se plantea es más complejo. Muchas parroquias carecen de presbíteros y las concentraciones de éstas, no siempre han surtido efectos positivos. En estos casos se impone las reuniones dominicales en ausencia de presbíteros, pero se puede dar el caso y, de hecho se da, que hay parroquias que han desplazado la eucaristía del domingo a la tarde del sábado y el día del domingo, como tal, ha quedado vacío de toda referencia. E incluso se da la paradoja de que hay

Nadie debe faltar so pena de desmembrar el cuerpo de Cristo tal como advertía ya la Didaskalia Apostólica. El que huye de la asamblea dominical dispersa, desparrama, divide y merma el cuerpo de Cristo. Es un movimiento inverso al operado por el bautismo: fuimos incorporados en el cuerpo del Señor, muerto y resucitado y entramos a formar parte de una comunidad nacida de una misma fuente. Por la deserción a la asamblea dominical la comunidad y el Señor son cercenados en uno de sus miembros.

Entre los diversos modelos de asambleas la prioridad la tiene aquella asamblea que se reúne el domingo en memoria del primer –día de la creación– y, de modo particular, del octavo día –día de la resurrección. De esta forma el domingo con su asamblea marca el ritmo de toda la vida cristiana. Ahora bien, la asamblea dominical alcanza su plenitud sólo con la Eucaristía: "la relación entre asamblea dominical y eucaristía y entre verdadera asamblea y eucaristía no deja la menor duda, hasta el punto que toda una tradición litúrgica atribuye al mismo Señor²²".

En la doctrina de los doce Apóstoles o Didajé se manda lo siguiente: "Reúnanse cada día del Señor, rompan el pan y den gracias, después de haber confesado sus pecados, a fin de que su sacrificio sea puro. Todo aquel, empero, que tenga contienda con su compañero, no se junte con ustedes hasta tanto no se haya reconciliado, a fin de que no se profane vuestro sacrificio, porque este es el sacrificio del que dijo el Señor: En todo lugar y en todo tiempo se me ofrece un sacrificio puro, porque yo soy rey grande, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las naciones²³".

Conviene destacar, cómo desde el principio, la pureza del sacrificio es incompatible con la enemistad entre los hermanos. La "communio", siguiendo los pasos de Pablo, es inseparablemente comida del cuerpo del Señor y unidad entre los fieles.

La Eucaristía es una cena de fraternidad, no una devoción privada sublime. "La iglesia ha sido hecha –afirma San Juan Crisóstomo– no para dividir a los que se reúnen en ella, sino para unir a los que están divididos, esto es lo que

fieles que van todos los días a misa menos el domingo, porque este lo han adelantado a la tarde del sábado.

22 Martimort A.G., *Dimanche, assemblée et paroisse*, en "La Maison-Dieu" 57, 69.

23 *Doctrina de los doce Apóstoles* XIV, en Ruiz Bueno D., *Los Padres apostólicos*, BAC (1993) 91.

significa el término asamblea”²⁴ La dimensión comunitaria es primordial. “El pan que partimos ¿No es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aún siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan (1 Cor 10, 16-17). Por la comunión con Cristo el cristiano queda más hondamente unido a Cristo y más fraternizado con los demás cristianos.

Pablo en 1 Cor 11, 17-34 quiere devolver a las fuentes la celebración de la Eucaristía, en parte degradada, en la comunidad de Corinto. Lo que hacen no responde a la voluntad originaria de Jesús. Comer la Cena del Señor estando mutuamente divididos y humillando el que tiene al que no tiene, es un contrasentido: “Esto ya no es comer la Cena del Señor”. El examen que se pide a cada uno para comer la Cena del Señor es ante todo un examen sobre la fraternidad²⁵.

En el Domingo la asamblea es convocada por el Señor para celebrar a su Señor, para confesar su fe y para participar en su muerte y resurrección. Los cristianos que, respondiendo a la llamada del Señor, se reúnen cada domingo, no lo hacen para discutir sobre sus negocios, para poner en común sus ideas, sino para acoger la Palabra de Dios y participar en la Pascua de Cristo por la mediación de la Eucaristía. Cuando celebra la Eucaristía, la Iglesia es plenamente y visiblemente Iglesia de Cristo. Sacramento de la Iglesia, la Eucaristía hace la Iglesia y expresa a la Iglesia de forma privilegiada.

No hay dos iglesias: una la de la Eucaristía y otra de la misión. Una que se concentra para rehacer su unidad interna en torno a Cristo y la otra que se dispersa o huye hacia el exterior para anunciarle al mundo el Evangelio. Sólo hay una Iglesia llamada a compartir todo con su Señor: su vida y su misión, su muerte y su resurrección, su lucha y su victoria. Es, en la Eucaristía que esta comunión alcanza su plenitud. Porque comulga con el cuerpo de su Señor la iglesia puede presentarse ante los hombres como su sacramento. Porque la eucaristía la asocia íntimamente a la dinámica pascual de Cristo ella puede confirmar y renovar su dinámica misionera...²⁶.

24 In Cor. homil. 27,3. PG 61, col. 228.

25 Cf. Constituciones Sinodales o.c. 545: “La cena del Señor es incompatible con las injustas desigualdades sociales...”.

26 Mons. Coffy, *Informe de Lourdes, Eglise, Assemblée, dimanche*. Informe de la Asamblea del episcopado francés de Lourdes (1976), en “Construire l’Eglise ensemble”. París, 102-142.

Por la Eucaristía la Iglesia se convierte en lo que recibe: “Pan roto, entregado para un mundo nuevo.” “Señor, concédenos que de tal manera saciemos nuestra hambre y nuestra sed en esta Eucaristía que nos transformemos en lo que hemos recibido” reza la Iglesia en la oración de postcomuni3n del domingo 27 del Tiempo ordinario. Pero la Eucaristía no sólo establece un lazo indisoluble entre Cristo y la Iglesia o entre Cristo y cada uno de nosotros, sino que nos asocia y nos inserta en la gran corriente de vida nueva que brota de Cristo y que es la 3nica que puede transformar a la humanidad. Ella hace de nosotros, misteriosamente, pero realmente, un pueblo de testigos y de hermanos.

Parroquia y Eucaristía dominical

Todos conocemos el conjunto de fen3menos sociales que hoy interfieren poderosamente en la celebraci3n parroquial del domingo. Estos problemas (movilidad de la poblaci3n, la prolongaci3n del fin de semana, la secularizaci3n, el individualismo...) a3aden nuevas problem3ticas a las ya inherentes a la celebraci3n lit3rgica y que van conformando nuestras asambleas con un determinado perfil donde prima la tercera edad, mujeres en su mayoría, en las que choca la ausencia de j3venes, donde disminuye progresivamente la asistencia y donde se diluye el sentido festivo del domingo. Todo ello crea dificultades a3adidas a los retos que nos plantea la recuperaci3n del domingo. Son factores que no dependen tanto de nosotros, aunque hay otros que dependen m3s de nosotros y est3 m3s a nuestro alcance modificarlos o corregirlos.

Es importante que demos rienda suelta a nuestra creatividad²⁷. Decían los obispos vascos, hace unos a3os, en una de las Catequesis que proponían a sus diocesanos con motivo de la Cuaresma, que en la supervivencia del domingo nos estamos jugando el futuro de la Iglesia²⁸ y en esa tarea debemos confluír todos. Por eso adquiere particular fuerza la observaci3n de G3lineau:

27 En esta lnea hay que tener en cuenta lo que el papa Juan Pablo II en su carta apost3lica, *Mane nobiscum, Domine* 23, advierte: “Presten los sacerdotes, en su dedicaci3n pastoral...aún mayor atenci3n a la Misa dominical como celebraci3n en la que la comunidad parroquial se reencuentra de manera coral, viendo ordinariamente partícipes tambi3n a los diferentes grupos, movimientos y asociaciones presentes en ella.”

28 Obispos vasco-navarros, *Al servicio de una pastoral viva* (carta pastoral cuaresma-pascua 1997). Conf. tambi3n: *La celebraci3n cristiana del domingo* (carta pastoral cuaresma-pascua 1993).

...los primeros en llegar a las asambleas de los domingos eran los monjes. (siglos IV y V). Hombres y mujeres, que vivían de muy diferentes formas, solos o en comunidad. Ellos comenzaban a cantar y a orar mientras el pueblo iba llegando y poco a poco iba participando en sus cantos y oraciones, hasta la llegada de los diversos ministros para la Eucaristía. Estos monjes no ejercían funciones litúrgicas especiales y, sin embargo, custodiaban el don de la oración viva en medio del pueblo.

...Cuantas veces, el domingo a la mañana, cuando celebraba en mi sector en el que algunos fieles se esforzaban en mantener con coraje la celebración de la misa, me dije: ¡Ah, si estuvieran con nosotros también los hombres y mujeres de oración!

En una iglesia cada vez más atomizada y diseminada geográficamente, cómo se echa de menos la presencia de aquellos y aquellas (que viven en los monasterios o comunidades) en la misa dominical. La liturgia propia de los monjes, a lo largo del día, es la santificación de las horas. Pero la Eucaristía dominical, es la liturgia de la Iglesia local de la que forman parte todos los bautizados²⁹.

No se trata de identificar práctica dominical con pertenencia a la Iglesia, sino de comprender que la pertenencia a la Iglesia puede correr peligro por la falta de participación en la vida de la comunidad y de modo especial en la celebración eucarística del domingo.

Hay muchas cuestiones que afrontar: celebraciones sin presbíteros, parroquias sin clero, eucaristías ruidosas pero vacías, sacerdotes sobrecargados los fines de semana, misas a la carta, y un largo etc. que requieren valor y una buena dosis de riesgo a la hora de afrontarlas, pero hay que hacerlo, hoy mejor que mañana. Mientras y, en lo que está en nuestras manos, que nuestras eucaristías dominicales sean dignas, bien preparadas, auténticas expresiones de lo que queremos ser y vivir, con homilías bien trabajadas, en equilibrio con el resto de la celebración, en un espacio que hable por su austera belleza, Eucaristías donde se aprecien los ritos desde una sana antropología. Donde la Palabra sea proclamada con dignidad, Eucaristías donde el silencio se hace expresión litúrgica y el canto se integra en la asamblea y no camina como un ente autónomo. Eucaristías que no sean intercambiables sin más (En muchos sitios apenas hay diferencias entre un domingo de Pentecostés y un domingo ordinario). Al querer realzar al máximo cada domingo, no aparecen ya las emergencias festivas, si todo es

29 Gelineau J., *Libres propos sur les assemblées liturgiques*. Paris (1999), 43.

igual nada es especial. Una serie de domingos iguales va contra la psicología de los individuos, hemos de aceptar que haya domingos ordinarios... Eucaristías, en definitiva, donde la fe profesada se hace fe confesada y fiesta. Pero una fiesta “del espíritu”³⁰, que se viva por la fe. Una realidad mística en la que lo invisible se perciba en un visible simbólico³¹. Eucaristías donde la parroquia ofrezca su rostro más significativo.

Sin duda alguna, estos retos implican un ámbito de actuación que va mucho más allá de lo meramente litúrgico, pero no olvidemos que es en la liturgia, en la celebración, donde todos aquellos ámbitos alcanzan su culmen y, al mismo tiempo, encuentran su fuente para alimentarse y crecer³².

Concluyo con las palabras de Benedicto XVI a los jóvenes en la homilía de la Misa en las Jornadas Mundiales de la Juventud en Colonia:

“La Eucaristía debe llegar a ser el centro de nuestra vida. No se trata de positivismo o ansia de poder, cuando la Iglesia nos dice que la Eucaristía es parte del domingo. En la mañana de Pascua, primero las mujeres y luego los discípulos tuvieron la gracia de ver al Señor. Desde entonces supieron que el primer día de la semana, el domingo, sería el día de Él, de Cristo. El día del inicio de la creación sería el día de la renovación de la creación. Creación y redención caminan juntas. Por esto es tan importante el domingo... ¡No os dejéis disuadir de participar en la Eucaristía dominical y ayudad también a los demás a descubrirla! Ciertamente, para que de ella emane la alegría que necesitamos, debemos aprender a comprenderla cada vez más profundamente, debemos aprender a amarla. Comprometámonos a ello. ¡Vale la pena!

30 Id., *Liturgia para mañana. Ensayo sobre la evolución de las asambleas cristianas*, Ritos y símbolos, Santander (1977) 71-79.

31 Es la asignatura pendiente. Entre los grandes problemas de los sacramentos está la expresión simbólica de éstos y su percepción a través de los sentidos. Los signos, con frecuencia, son significantes que no hablan ni remiten a nada, ejecutados sin demasiada convicción y, por lo mismo, nada elocuentes. A pesar, de que siempre habrá distancia entre el significante y el significado.

32 Hay quien afirma que la crisis de la Iglesia es la crisis de la liturgia (Cf. N. BUX, *Come andare a Messe e non perderé la fede*, Premme (2011)). Sin duda, es mucho afirmar. Las comunidades celebran como son y son como celebran. El título del libro es provocador y ayuda a tomarnos en serio la liturgia, pero hemos de pensar que la liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia (SC 9).